

## COLINA

El hombre observaba.

Distantes se asomaban los faroles del poblado. La noche era calma. La oscuridad se apaciguaba por la tangente luna que asomaba tras las montañas. Aquella pequeña colina, dispuesta ante grandes cordilleras, se levantaba suavemente a la vista del horizonte, tranquila, en paz. Un viejo eucalipto acompañaba el entorno, resistiéndose a partir, crujía cada cierto tiempo arraigándose a la vida; a él atado, un caballo viejo, de andar más que de edad, cansado de existir mordía a ras las pequeñas raíces que asomaban del terreno. Y nada más.

El hombre escuchaba.

El profundo viento corría ferozmente en aquella colina, quebrándose en seco contra rocas, laderas y cualesquiera obstáculos que atravesara, llorando cada noche el mismo lamento, no aparentaba más que melancolía. Distante, el aullido de algún solitario lobo murmuraba a la luna su tristeza. Y un joven grillo entonaba de vez en cuando una suave melodía. Y nada más.

El hombre olfateaba.

En su rostro empapaba el viento, y con ello los olores de la madrugada, la fresca humedad del sereno exaltando su nariz, las hojitas remanentes del eucalipto refrescando la respiración, un suave olor a pasto que iba y venía con el viento. No había más.

El hombre sentía.

Apretaba ligeramente el puño izquierdo, frotaba sus dedos entre sí, contemplaba las yemas de su índice y su pulgar girar en círculos unas con otras, las sentía, disfrutaba sentir las. Miró al cielo, las estrellas brillaban ante él; tomó una bocanada de aire, mantuvo la respiración un segundo y exhaló; su cuerpo fue recorrido por un escalofrío, no de miedo, no de frío. Satisfacción únicamente.

El hombre reflexionó.

Erguido en aquella colina, en medio del vacío, la oscuridad y la nada, no pudo más que suspirar, su rostro dibujó una sonrisa. El viento apretó, pero a pesar de los grotescos chirridos al impactar este en las rocas, se sentía un silencio, un vacío, una calma. Imposible describir fielmente el sentir de aquel hombre en ese momento, no había nada más, solo él y la montaña, la montaña y él.

En aquella calma recordó a su amor, que en tiempos anteriores le esperaba en casa al atardecer, no necesitaba demostrar que era hombre ante ella, solo tenía que ser él a cambio del amor más puro que conoció, era hermosa como ese momento, pero las lágrimas de su mejilla exhibían el triste desenlace que le acaeció. No eran lágrimas de tristeza, más bien de nostalgia, de amor, de resiliencia; la certeza de amar y sentirse amado en aquellos tiempos en los que tuvo posibilidad.

El hombre tembló.

Recordó los viejos momentos de su vida, su infancia, sus amores de callejón, su empleo de ovejero, su primer caballo, la vieja casa que lo espera al otro lado del pueblo, sus amistades que lo han acompañado; aquello vale todo y nada para él. Solo se encuentra ahí, no aparenta motivo, no demuestra inquietud...

A pesar de que perdió la sonrisa del rostro, manifiesta haber vivido y gozado sus años anteriores. Se dirigió al caballo, le quitó la rienda y de una palmada, este relinchó y huyó al galope. Sabía qué haría, el caballo le era inútil ya. Lentamente se retiró su pesado abrigo de piel. Sintió escalofríos, ahora sí, del inquietante frío, pero no se turbó, siguió con su tarea. Se quitó el sombrero y lo colocó en una de las secas ramitas de aquel viejo árbol. Ya no vería más amaneceres, ni atardeceres, no lo necesitaba más.

Vació sus bolsillos, sacó un viejo reloj de cuerda, una pequeña botella, una pluma, un sobre recién sellado y tres chelines y los puso sobre una roca.

Miró la botella, la bebió. Se disponía a abandonar aquella colina. No por tristeza, no por soledad, y mucho menos en protesta. Solo fue austeridad, se encontraba de hace tiempo atrás en ese lugar, sufrió ahí, lloró ahí, batalló innumerables veces, pero también conoció el amor, la sencillez de un saludo en la

mañana, la calidez de un abrazo del amigo, la exquisitez de los labios de su amada. ¡Pero fue suficiente!, es tiempo de partir a nuevos horizontes y abandonar aquellos grandes recuerdos que lo hicieron disfrutar, lo cuán maravillosa era esa colina.

El hombre suspiró.

Tomó una bocanada del fresco aire, sintió nervios, no dudó. Su rostro dibujó una última sonrisa en aquella colina. Estaba en paz. El viento se detuvo. La luna dejó de iluminar.

Causando la envidia del delirante eucalipto... El hombre se desplomó... No hubo más.